



## MANDALA: SÍMBOLO DE REEXPRESIÓN DE LOS SIGNIFICADOS DE LA NATURALEZA

Bibiana Magaly Mejia Escobar

Docente universitario

Estudiante Maestría en Educación – UCM

Pregrado en bacteriología y Psicología,  
especialista en desarrollo personal y familiar

Docente Universidad del Quindío  
y Universidad Antonio Nariño

### RESUMEN

Iniciamos hace milenios un viaje cuyo final desconocemos. En ese recorrido delineamos la infinita curvatura sin fin de la forma del mandala. Nos paseamos alrededor de su centro a través del tiempo y del espacio, y aunque esta confluencia se torna invisible, la constante universal del movimiento nos la revela intuible. Esta fuerza metafórica seguirá guiando el camino hacia el horizonte del entendimiento en la interminable búsqueda del conocimiento a las respuestas más profundas sobre el verdadero sentido de la existencia humana.

### Palabras Claves

Mandala - Símbolo - Energía - Universo

### Abstract

We have begun a trip whose end ignores for millennia. In that journey we delineate the infinite bend without end in the way of the you send it. We stroll around their center through the time and of the space, and although this fork you invisible restitution, the universal constant of the movement reveals it to us intuible. This metaphoric force will continue guiding the road toward the horizon of the understanding in the endless search from the knowledge to the

deepest answers on the true sense of the human existence.

### Key Words

Mandala - Symbol - Energy - Universe

La historia del simbolismo muestra que todo en el universo puede adquirir nuevas significancias. En los diferentes elementos y formas de la naturaleza subyace la dimensión figurativa de los estados de la materia. Los objetos naturales como piedras, plantas, animales, hombres, montañas y valles; el sol y la luna; el viento, el agua y el fuego, se pueden definir mediante símbolos evocadores de las formas dimensionales y de las propiedades de los objetos. Este decurso de construcción y elaboración ha llevado al descubrimiento de simbolismos cuya expresión se deriva de fundamentos y constantes de orden matemático. El descubrimiento de los sólidos perfectos de Pitágoras, por ejemplo, tuvo lugar en éste momento de inflexión entre las culturas y las sociedades de la historia. La construcción de un lenguaje simbólico inspirado en las formas del entorno y con el cual se accedía a un diálogo con la naturaleza misma llevó a las culturas a la construcción de las primeras bases de la ciencia.



Las mismas abstracciones que inspiraron a Pitágoras en los valles de la vieja Samos, antiguo lugar de Grecia, fueron las mismas cavilaciones que han acompañado a la humanidad desde sus orígenes en su afán de aprehender el mundo que le rodea. Por eso tiene tanto significado la elaboración mental de las simbologías que han oficiado como vehículo para la configuración de ideas más estructuradas y complejas. Este mismo ejercicio ha conducido en las distintas épocas a las ideas inferidas en sutiles órdenes de la naturaleza y que posteriormente se han materializado en el descubrimiento y la construcción de poderosas herramientas matemáticas. Las bases de la ciencia se edifican a partir de estas delineaciones del símbolo imaginario. La repetibilidad y la recurrencia del orden adquieren significado en materializaciones progresivamente complejas. El cubo, el tetraedro, el octaedro, el icosaedro y el dodecaedro, fueron un desfogue racional en el lento peregrinar del conocimiento, nutrido del caos que ha promediado en las sociedades de las distintas épocas. Las formas y las simbologías se han reelaborado con el paso de los tiempos y ellas mismas han servido de base a la aproximación sobre la interpretación del universo.

Los cinco sólidos perfectos de Pitágoras sirvieron de base inicial para dar forma al mundo conocido. En la dimensión de la simbología adquirió forma también la base de las formas abstractas de los números. Ellos, a la vez, sirvieron de base igualmente para complementar otros fundamentos de la física. En algún lugar de ese trayecto se unieron, por ejemplo, al intento de construir una correlación universal a partir de la formulación de ideas como el modelo del misterio cósmico de Kepler, consistente en la anidación de los seis planetas

conocidos, representados por seis esferas encajadas dentro de un sólido perfecto más exterior, el cubo, que contenía a todas las demás. (SAGAN, Carl. 1992). Posteriores elaboraciones sobre estos modelos iniciales, en los cuales participaron germinalmente pensadores como Copérnico, concluyeron en el descubrimiento de las leyes que rigen el movimiento planetario.

Tal como lo afirma Luis Carlos Restrepo en su libro *La trampa de la razón*: "La más grande mentira humana es creer que existen verdades eternas o realidades inmutables". (RESTREPO, L.C.1998, p. 114). En el siglo XIX hubo un acontecimiento que sentó un hito en la historia del desarrollo de las matemáticas. Un discípulo del matemático alemán Carl F. Gauss, Bernhard Riemann, elaboró un sistema de geometría que contribuyó al desarrollo de la física teórica moderna. Este trabajo estableció el fundamento matemático de las geometrías en un espacio multidimensional. "Riemann cambió el curso de la geometría y de las matemáticas del siglo siguiente al demostrar que estos universos, por extraños que puedan parecer al profano, son completamente autoconsistentes y obedecen a su propia lógica interna." (KAKU, M. 1996, p.38). Los descubrimientos de Riemann se hicieron después de más de dos mil años de exclusivo dominio de las formulaciones geométricas de Euclides. Estas últimas, en una versión modificada, constituyen la base de la enseñanza de la geometría plana en las escuelas secundarias del mundo. Aunque la geometría de Riemann era matemáticamente sorprendente, fue circunscrita al calificativo de inteligente pero inútil. A partir de la vieja geometría de Euclides en la cual todas las figuras geométricas son de dos o tres dimensiones, surgía la nueva geometría Riemanniana estableciendo sus cimientos, con grandes



consecuencias para el futuro de las artes y las ciencias. En principio, los científicos abordaron el concepto de las dimensiones superiores sólo para descartarlo por inverificable. De aquí surgió uno de los conceptos más revolucionarios sobre el espacio tiempo de los tiempos modernos: la teoría de la relatividad. Este concepto trascendental que incorporaba a las tres dimensiones básicas la cuarta dimensión del tiempo, tendría profundas influencia en la evolución de la filosofía, el arte, la literatura y la ciencia. La geometría Riemanniana tetradimensional cumpliría un apalancamiento fundamental en las formulaciones de Albert Einstein para explicar la creación del universo y su evolución. Las ideas del espacio curvo, en una época despreciadas por su incomprendibilidad y su uso poco práctico se vieron nuevamente fortalecidas por la incorporación de un principio físico intrigante y uno matemático que les hacía falta: el principio físico de que el hiperespacio, "puede simplificar las leyes de la naturaleza, proporcionando la posibilidad de unificar todas las fuerzas de la naturaleza mediante argumentos puramente geométricos" (Ibid. P. 40). El principio matemático que hacía falta: la *teoría de campos*, constituye actualmente el lenguaje universal de la física teórica.

La abstracción como ejercicio creador conduce a significar que las ideas muestran su valor en que, como las llaves, sirven para abrir conexiones de hechos hasta ahora inteligibles, y que permiten al hombre penetrar más profundamente en el misterio de la vida. Ello permite construir relaciones estables y perdurables en el caos simbólico. La riqueza simbólica surge de la amalgama de un mundo plurivalente que a todo momento provoca la mente creadora. Dado el resultado de estas abstracciones, terminamos por aceptar que

representan una faceta válida del conocimiento que conlleva al beneficio de poder codificar y sistematizar el caos. Esto ayudó a trascender y superar las primeras ideas de la metafísica que consideraba que lo primero en el orden era lo abstracto y conceptual desechando lo caótico y lo multipluridimensional como simple desperdicio. Fue así como se habla de "Ideas" eternas con Platón, que precedían a la existencia humana. Con Aristóteles se habló de formas que organizaban la materia para dar lugar a los seres singulares y con Kant, de categorías a priori que proceso de conocimiento. (RESTREPO, L.C.1998, P. 116)

Las imágenes arquetípicas siempre llevan consigo una valencia personal y aparecerán en un contexto específico. No hay distinción tajante entre lo personal y lo colectivo pues la imagen arquetípica señala la articulación donde se encuentra lo interior y lo exterior, lo personal y lo colectivo. Percibir su significado requerirá prestar atención a su particularidad y no solo a su generalidad. Las imágenes arquetípicas se nos muestran como básicas, necesarias y generativas. Parecen dar energía y orientación. Dan lugar a asociaciones y nos conducen a otras imágenes y por ello las experimentamos como dotadas de resonancia, complejidad y profundidad. Ellas, de algún modo son independientes de nuestra previa experiencia personal, inexplicables a partir de nuestro conocimiento consciente. Es estar en contacto con algo hasta ahora desconocido y a menudo nos asombra descubrir paralelos entre las imágenes y motivos que aparecen en nuestros propios sueños y ensueños y aquellos que se destacan en mitos y leyendas de los que nada sabíamos.

La dimensión aprehensiva del ser humano siempre ha estado posibilitada para comprender



la naturaleza. Y en esa naturaleza advierte un determinado orden, una cierta predecibilidad, una forma de permanencia en las leyes que describen sus configuraciones sustanciales. En este modelado de constantes físicas surgen patrones virtuales subyacentes, que constituyen el punto inicial a partir del cual se despliegan hologramas simbólicos de contenidos reales más complejos. Es en este punto donde la imagen arquetípica redimensiona su metasignificado: ella es la expresión resultante la interacción con el mundo exterior. En ella se sintetiza nuestra noción de realidad y a través de ella se proyecta el deseo de trascender al momento existencial en equilibrio espacio-temporal. Las imágenes arquetípicas forman parte viviente de un universo de interacciones entre la psique humana y el mundo exterior. Todo lo que llega a la conciencia es el in-fluido derivado de manifestaciones concretas y particulares derivadas en factores socioculturales e individuales.

En la elaboración de la impronta arquetípica confluyen tres factores: lo que se ha pensado, lo que se ha hecho y lo que se ha imaginado y recordado. El resultado de esta elaboración obedece a un modo de responder con la imaginación al impacto de la perturbación de la vida cotidiana. Se trasciende a un escenario de respuesta vital con la reelaboración de lo que se percibe en forma de imágenes oníricas, mitológicas o literarias.

Que una imagen sea arquetípica o no dependerá de la actitud de la conciencia que observa, de la respuesta a la imagen, mas que de ninguna otra cualidad inherente. La representación simbólica forma parte del decurso de la historia de la humanidad. La expresión regular de contenidos en la ciencia o en el arte es una incidencia de la profusa presencia de las formas de la

naturaleza. Cada acto está sustentado en formas con las que se mantiene contacto permanente pero cuya esencia pasa inadvertida. Se les encuentra en diferentes formas pero no se repara en la fuerza de su simbología. Cuando se mira hacia lo alto, ya sea de día o de noche, se vuelve a topar con estas formas que nos rodean por doquier: los *mandalas*.

Mandala es una palabra de origen sánscrito, el idioma clásico de la India, que literalmente significa "círculo". Su significado remite a la forma que define con mayor fuerza la noción integradora de la naturaleza. A partir de su presencia se edifica toda una gama de metasignificados subyacentes al orden físico del universo.

Las representaciones de los mandalas son una constante a nuestro alrededor. La vida se mantiene en contacto permanente con ellos en infinidad de objetos que se entrecruzan a diario. En formas que resultan familiares; en representaciones y proyecciones de la mente que en su contenido encierran la forma esencial de los mandalas.

Los mandalas tienen un largo camino que se pierde en el abismo del tiempo y en las más apartadas culturas. Estos símbolos han irrumpido con fuerza en el occidente moderno gracias a la atribución de propiedades centradoras, sanadoras y equilibrantes.

El intelecto tiende a calificar, y no casualmente, como «esferas» todos los ámbitos, campos de pensamiento y acción: se habla de la esfera social, personal, profesional o de cualquier otra índole. Es una tendencia común a través de todos los tiempos. «El mundo es redondo como una naranja», decía un poeta francés y tanto el





mundo en sí mismo como una naranja partida por la mitad son mandalas.

Pueblos culturalmente tan distantes entre sí, como los indígenas americanos, los sumerios o los caldeos, los hindúes o los primitivos cristianos han dotado los mandalas, según el caso, de los más positivos atributos convirtiéndolos en una herramienta esencial en el camino del autoconocimiento; les han otorgado propiedades curativas del alma considerándolos a la vez como inspiradores para la meditación profunda tendiente a conseguir la relajación y la paz o viendo en ellos el reflejo y la diferenciación de sí mismo como también la representación cósmica de la fusión entre el yo y el todo. Estas ideas han sido recuperadas y reelaboradas por las sociedades actuales y los han convertido en unos casos en nuevas formas de expresión artística, o les han otorgado, en otros, propiedades de tipo curativo, terapéutico y creativo. El término al que se refiere el Mandala ha sido símbolo de perfección para muchas filosofías y, también, para muchas religiones a lo largo de la historia de la humanidad. Está presente en todas las culturas del mundo como rueda, corona, rotación, circulación. En la escuela pitagórica evocaba la imagen de plenitud; para Parménides era el ser perfecto en todas sus partes, quizá símbolo del ser único e inmutable (Dios); para Empédocles, la noción de Dios atiende a una realidad esferoide llena de alegre orgullo en su dominador reposo. En general, en la filosofía griega, la esfera es la metáfora de lo completo, lo acabado, lo perfecto, lo pleno.

Por otra parte, Pascal dice que la divinidad es una esfera cuyo centro se halla dondequiera y la circunferencia en ninguna parte. En filósofos tan importantes como Eckhart, Böhme, Leibniz, Nicolás de Cusa, Fichte, Schelling, von Baader,

entre muchos otros, y en físicos como Kepler y Paracelso, se encuentra la misma imagen de Dios, así como en la mística cabalística. En la tradición oriental, existe la metáfora de la rueda cósmica que debe seguir el sabio para poder ser completamente libre, esto es, uno con el todo; en el centro de esa rueda cósmica se encuentra la norma. En sentido figurado, se dice que una cosa cualquiera es de o pertenece a la esfera de algo determinado para indicar que está incluida en el espacio (físico o intelectual) que comprende ese algo. Esta imagen arquetípica, legitimante de una configuración ideológico cultural, surge como agente interdialogante para la transmisión de elementos interpretativos de las generaciones precedentes. Encierra un sugestivo poder descriptivo en la forma de entender, forma de ordenar y forma de vivir las prácticas, es decir en la representación cultural, en la forma en que se construye la identidad. La fuerza expresiva contenida en el símbolo mandálico permite establecer puentes de significados entre esferas y categorías complejas dadas sus definiciones transdimensionales.

Abordar un punto de partida metafórico en el plano de un contorno espacial que involucra todo un conglomerado de fuerzas primordiales expansivas y transliterarlo con delicado equilibrio hacia el interior de los conglomerados geo-sociales requiere de la delicada forma inmersa en la elegancia del mandala. Estos elementos recursivos para expresar los metasignificados encierran otra posibilidad evocadora: el orden de la armonía que sólo se puede revelar a los sentidos a través de la poesía evocadora del mandala. Traducir la expresión de contenidos resultantes de las complejas abstracciones del pensamiento, requiere inextricablemente del recurso elemental que a través del amplio contenido simbólico que



convocan los mandalas. El mismo Niels Bohr afirmaba que “cuando se trata de átomos, el lenguaje sólo se puede emplear como en poesía. Al poeta le interesa no tanto la descripción de hechos cuanto la creación de imágenes”.

El mandala trasciende el espacio físico para transmitir un mensaje a través del tiempo. Su simbología es inmortal, por lo que su mensaje también se torna imperecedero. Trasciende las épocas conservando de ellas las aspiraciones de un conglomerado en forma de mensaje. Por eso el mandala se convierte en un punto de anclaje simbólico de la historia. Su fuerza descriptiva congela un momento del presente y lo transmite hacia el futuro. En el transcurso del espacio-tiempo se vuelve inmutable. No se puede modificar su contenido pues una transformación implicaría su desaparición. Mas bien se convierte en modelado de otras expresiones arquetípicas que se reelaboran con el devenir de las circunstancias para dar origen a otras formas de expresión mandálica con las que convive. El surgimiento de nuevos símbolos adquiere la configuración de un lenguaje atemporal que se propaga en las épocas que le dan origen. Un mandala permite inferir toda una dimensión de manifestaciones pasadas, comprimidas en la cápsula de tiempo. La aspiración del individuo, plasmado en la fuerza de las formas para significar el desafío del espíritu frente al estado del orden natural.

El mandala, en el orden del método, implica el pleno empleo de las cualidades del sujeto. Implica la presencia ineludible del arte y la estrategia en el pensamiento complejo. Es bien sabido que arte y ciencia se excluyen en la paradigmología clásica. Sin embargo hoy se sabe que el arte es indispensable para el descubrimiento científico. Arte, mandala, estrategia; cada una de estas nociones abarca un aspecto de un poliscópico método, que a su

vez contiene la reflexividad que abre la frontera con la filosofía, mandala como actitud rica de pensamiento en capacidad de metasistemizarse. Sus formas permiten resisitir la disociación generada por la contradicción y el antagonismo. El mandala como imagen arquetípica da lugar a asociaciones que conducen a la vez a otras imágenes. Por ello se experimentan como dotadas de resonancia, complejidad y profundidad. Las ondas sonoras producidas por un disco de acero en vibración y hechas visibles en una fotografía, forman un dibujo que tienen un asombroso aspecto de mandala. El mandala como método incluye los diferentes principios citados por Morin: el sistémico, el hologramático, el de retroactividad, recursividad, autonomía/dependencia, el dialógico y el de reintroducción. (MORIN, E. 2003. Cap. I).

La definición matemática del mandala como círculo es sencilla: es la suma de todos los puntos que están a la misma distancia de un punto medio. El círculo se define a través de su punto medio; vive de él, pero no es necesario que éste punto medio sea visible, de la misma manera que un punto matemático no tiene latitud. Toda forma circular, todo plato, toda moneda tiene marcado un punto medio que es visible en muy pocos casos. Y sin embargo lo intuimos, nos lo imaginamos y se muestra visible al ojo emocional. Así, el círculo se convierte en un símbolo de orden esencial que puede trascender desde dimensiones establecidas en planos de tipo religioso, o delimitando puntos de anclaje en valores de orden tradicional de una cultura.


En culturas con fuertes anclajes en valores religiosos, el punto medio se refiere usualmente a Dios, como único centro detrás de toda naturaleza visible. El mundo, en este plano de





concepción se encuentra en el círculo, está definido por su equidistancia del origen. La vida adquiere su forma interna a través del punto medio, que se convierte en georeferente inespecial, alrededor del cual se edifica y erige toda su capacidad vital de movimiento. El círculo o la esfera se ha explicado como símbolo del "sí-mismo". Expresa la totalidad de la psique en todos sus aspectos, incluida la relación entre el hombre y el conjunto de la naturaleza. Ya el símbolo del círculo aparece en el primitivo culto solar, en la religión moderna, en mitos y sueños, en dibujos mandalas de los monjes tibetanos, en los trazados de ciudades o en las ideas esféricas de los primeros astrónomos, siempre señala el único aspecto más vital de la vida: su completamiento definitivo.

Los mandalas forman parte de la vida central de las sociedades y explican muchas pautas de sus valores y comportamientos. Por ejemplo en algunos mitos indios de la creación establecen la posición inicial del círculo como una especie de orientación preliminar en una indispensable toma de posición para la obra creadora de sus Dioses.

 *El mandala como fractal:* un círculo expresado como la «suma de todos los puntos» solamente es imaginable en movimiento, al igual que una infinita sucesión dinámica de equidistancias hacia su centro. El círculo goza de impulso vital el cual se posibilita a través de la estabilidad de su punto medio. Se inquietan mutuamente: el punto y el círculo, el contenido y la forma, el uno y el todo, la semilla y la fruta. Es el espejo donde se refleja lo universal. Es el símbolo más profundo del secreto de la vida que se mueve continuamente entre extremos que se definen, por una parte, en la postración del individuo en el caos del materialismo y en el otro punto, en la huida del mundo, el camino idealista a través

de la meditación y la reflexión sobre el estado de las cosas.

El universo se erige entre estos extremos que lucen irreconciliables a la aspiración del equilibrio entre la pertenencia del centro y el contorno, del origen y el mundo. La parábola del círculo, encierra un significado profundo con el objetivo interno de la vida. Este propósito se orienta a encontrar el punto medio. No es algo que se pueda alcanzar o tener, pero la forma de la vida permitirá intuirlo. Si no se consigue, la vida pierde su forma. Entonces fluirá el sentimiento de disgusto consigo mismo. Hermann Hesse dijo una vez: «¡Debemos encontrar el hogar en nuestro interior! ¡La vida sería muy diferente así! Habría un centro, y desde él se tambalearían todas las fuerzas. Pero mi vida no tiene centro, sino que está suspendida entre muchas filas, polos y polos opuestos.»

Cuando se busca el centro de gravedad vital verdadero, se busca el propio centro. Siempre está presente, no se puede perder ni separar, está unido a lo sustancial, pero también está oculto, olvidado o a veces es erróneo. El acercamiento a este secreto es un impedimento para el ser humano. Es la búsqueda del paraíso perdido, del jardín cerrado que todo lo oculta; un jardín en el cual se es feliz sin deseárselo y donde se cumplen todas las exigencias.

Una característica importante de todo mandala es el borde externo, semejante al muro que bordea este jardín cerrado. A menudo la vida se torna incierta a causa de fronteras confusas. ¿Cuántas tareas se deben llevar a cabo? Un número creciente de caminos y medios de comunicación muestra a diario las preguntas irresolubles y las miserias del mundo entero cada vez con más intensidad.



Trascendiendo la impresión del círculo dinámico, la abstracción humana ha conducido hacia otros hallazgos inquietantes como la experiencia de la irrepitibilidad del tiempo, la realidad de que la vida tiene un comienzo y un fin, la limitación de nuestras posibilidades. La noción del principio y del final en todas las religiones está asociada a la idea de un Dios como autor creador.

A través del mandala, como símbolo de reexpresión de los significados de la naturaleza, hemos realizado un extenso recorrido a lo largo de la historia. La forma básica esferoidal de los mandalas remite a la idea de un eterno trasegar por los confines inextricables del universo. Se configura en recorrido que nos termina llevando a través de los tiempos a los mismos puntos de partida. Es una ruta signada por la ley de la esfericidad bucleica. El eros y el tanatos de la noche cósmica. En este tránsito de ideas el mandala ha servido al propósito germinal de reexpresar la génesis de la materia en diferentes concepciones de la cultura, las artes y las ciencias. En el largo recorrido del mandala a través de la historia, pueblos y culturas subyace su consecuencia esencial de contribuir a estructurar en forma singular un sistema de lenguaje del mundo material. Sirvió como elemento metafórico para sentar las bases de la ciencia en los albores del despertar científico. De unas formas básicas sustentadas en concepciones de orden matemático la simbología ha desencadenado estructuras de mayor contenido y complejidad como las que hoy intentan unir en la geometría decadimensional las leyes físicas de todo el universo. Descendientes lejanos de las primeras abstracciones de la mente humana que continuarán prestando a los intereses del método y de la técnica todo su poder de diálogo

para llevar a un mayor nivel de elevación el arte del saber universal.

Iniciamos hace milenios un viaje cuyo final desconocemos. En ese recorrido delineamos en la infinita curvatura sin fin de la forma del mandala. Nos paseamos alrededor de su centro a través del tiempo y del espacio, y aunque esta confluencia se torna invisible, la constante universal del movimiento nos la revela intuible. Esta fuerza metafórica seguirá guiando el camino hacia el horizonte del entendimiento en la interminable búsqueda del conocimiento a las respuestas más profundas sobre el verdadero sentido de la existencia humana.

#### Bibliografía:

RESTREPO, Luis Carlos. La trampa de la razón. Editorial Retina Ltda. Bogotá 1998.

SAGAN, Carl. Cosmos. Editorial Planeta. Barcelona, 1992.

KAKU, Michiu. Hiperespacio. Editorial Drakontos. Barcelona, 1996.

KUSTENMACHER, Marion. Energía y Fuerza a través de los Mandalas. Ediciones Obelisco. Barcelona, 2003.

